

Cuatro motes para un bodegón

Y era al llegar ahí exactamente y tirar ella, Kalyca, el bolso con gesto de cansancio sobre el sofá aquí, en nuestro salón presidido por una tempestad apaisada que mamá había comprado en la sección de complementos para el hogar en unos grandes almacenes donde — cuando doña Uli unas veces de pie al lado del ventanal y otras sentada, un poco de medio lado y con el codo sobre la tapa cerrada... que la bajaba siempre que lo encontraba abierto decía mamá que porque le dolía no haber podido nunca aprender a tocarlo, del piano, después de haber permanecido con los ojos entornados marcando lentos círculos adelante siempre con el índice derecho en el aire, los abría y «muy bien, Albertina; ¡muy bien cerrada esa interrogación!» esbozando una sonrisa y dejando caer las manos ya sobre el alféizar ya sobre la partitura del concierto para... piano, sí, suspiraba, «número 2 de Rachmaninov, para ser exactos» — la tía Bárbara debía cerrar el frasquito de esmalte para las uñas, ponerse de pie, dejarlo sobre el mármol del aparador que tenía a su espalda, rodear la mesa de centro y caminar hasta Umbelina para, poniéndole una mano en el hombro, decir “muy bien, Uli”; pero que recordase, al objeto de evitar malos entendidos, que el concierto era de Rasmaninov, sí; para piano, también; pero *ja ver si puede ser que te fijes un poquito, caramba!*, el número tres.

La del tercero

Y era al llegar ahí exactamente y tirar ella, Rimalda, la capa de armiño con gesto de cansancio sobre el tendedero plegable aquí, en nuestro retrete para invitados presidido por una armadura con su cota y todo que la gran princesa Nibarunda había comprado a un anticuario en Filadelfia donde — cuando doña Uli unas veces de pie al lado del ventanal y otras sentada después de haber permanecido con los ojos entornados marcando lentos círculos adelante siempre con el índice derecho en el aire, los abría y «muy bien, Crotalia; ¡muy bien cerrada esa interrogación!» esbozando una sonrisa y dejando caer las manos ya sobre el alféizar ya sobre la partitura del concierto para... piano, sí, suspiraba, «número 2 de Rachmaninov, para ser exactos» — la contadora de cucharillas de plata de don Apuleyo debía cesar de espolvorear con talco la peluca de madame du Barry, ponerse de pie, dejar peluca y talco sobre el mármol del aparador que tenía a su espalda, rodear la tinaja de las berenjenas de Almagro y caminar hasta Umbelina para, poniéndole una mano en el hombro, decir “muy bien, Uli”; pero que recordase, al objeto de evitar malos entendidos, que el concierto era de Rasmaninov, sí; para piano, también; pero *ja ver si puede ser que te fijes un poquito, caramba!*, el número tres.

Bermeral

Y era al llegar ahí exactamente y tirar ella, Angelines, el bolso con gesto de cansancio sobre el sofá aquí, en nuestro salón presidido por un paisaje otoñal que mamá había comprado en la sección de complementos para el hogar en unos grandes almacenes donde — cuando doña Licinia unas veces de pie al lado del ventanal y otras sentada, un poco de medio lado y con el codo sobre la tapa cerrada... que la bajaba siempre que lo encontraba abierto decía mamá que porque le dolía no haber podido nunca aprender a tocarlo, del piano, después de haber permanecido con los ojos entornados marcando lentos círculos adelante siempre con el índice derecho en el aire, los abría y «muy bien, Albertina; ¡muy bien cerrada esa interrogación!» esbozando una sonrisa y dejando caer las manos ya sobre el alféizar ya sobre la partitura del concierto para... piano, sí, suspiraba, «número 2 de Rachmaninov, para ser exactos» — la tía Bárbara debía cerrar el frasquito de esmalte para las uñas, ponerse de pie, dejarlo sobre el mármol del aparador que tenía a su espalda, rodear la mesa de centro y caminar hasta Leontina para, poniéndole una mano en el hombro, decir “muy bien, Licinia”; pero que recordase, al objeto de evitar malos entendidos, que el concierto era de Rasmaninov, sí; para piano, también; pero *ja ver si puede ser que te fijes un poquito, caramba!*, el número tres.

Sin firma, ver referencia en una caja de adaptadores encontrada en una caja de zapatos.

Y era al llegar ahí exactamente y tirar ella, Kalyca, el bolso con gesto de cansancio sobre el sofá aquí, en nuestro salón presidido por una tempestad apaisada que mamá había comprado en la sección de complementos para el hogar en unos grandes almacenes donde — cuando doña Uli unas veces de pie al lado del ventanal y otras sentada, un poco de medio lado y con el codo sobre la tapa cerrada... que la bajaba siempre que lo encontraba abierto decía mamá que porque le dolía no haber podido nunca aprender a tocarlo, del piano, después de haber permanecido con los ojos entornados marcando lentos círculos adelante siempre con el índice derecho en el aire, los abría y «muy bien, Fanny; ¡muy bien cerrada esa interrogación!» esbozando una sonrisa y dejando caer las manos ya sobre el alféizar ya sobre la partitura del concierto para... piano, sí, suspiraba, «número 2 de Rachmaninov, para ser exactos» — la tía Jélica debía tomar el alfil negro, ponerse de pie, depositar el alfil en G5 para dar así jaque al rey blanco, rodear la mesa de centro y caminar hasta Umbelina para, poniéndole una mano en el hombro, decir “muy bien, Uli”; pero que recordase, al objeto de evitar malos entendidos, que el concierto era de Rasmaninov, sí; para piano, también; pero *ja ver si puede ser que te fijes un poquito, caramba!*, el número tres.

Adoración López